

editorial leturas vivas

mi
ARCA
de
NOÉ
LUIS SEXTO



colección testimonio

Luis Sexto

mi
ARCA
de
NOÉ

Editorial Letra Viva
Coral Gables, La Florida

Copyright © 2015 By *Editorial Letra Viva*
251 Valencia Avenue # 253 Coral Gables FL 33114
Cover by: Alejandro Fermín Romero

All rights reserved. No part of this book may here reproduced in any form, except for the inclusion of brief quota-

tion in review, without permission in writing from the publisher.

ISBN (10):

ISBN:

Printed in the United States of America

mi
ARCA
de
NOÉ

Luis Sexto

Viendo el tiempo pasar

LUEGO DE TANTAS LECTURAS Y unas breves cuartillas, ¿se llega alguna vez a orientar el fin último de la poesía y la vida? Todo el que se inclina sobre una página con ánimo de creador, aunque no sea consciente del propósito, busca, como pretendían los primeros ensayistas españoles, dejar “obra durable de sí”. Pocos, parece obvio, permanecen. Otros estiman que aspirar a trascender mediante las letras es un acto de vanidad. ¿Y para qué, pues, se escribe: para entretenernos, para vender la obra como cualquier mercancía, o comprar la fama? Posiblemente sean razones válidas. Pero los escritores dejarían de ser artistas si no intentaran, según Claudio Magris^[1], “construir un Arca de Noé para salvar todo lo que amamos, para salvar cada vida”.

Supondrán que divago en estas líneas que apenas logran ponerse de acuerdo. Vivo uno de esos días cuando parece que nada es como pudo haber sido, y favorecen hablar del futuro, del pasado, de lo fugaz. Cuanto más envejezco recurro a los años de fervorosos aciertos y creencias. Días en que el tiempo parecía una campana amiga que tañía invitándonos a vivir. Entonces no podíamos suponer que un día doblarían por cualquiera de nosotros.

Ya no me engaño. El pasado es como el futuro vuelto al revés: una promesa ya fría, un lugar de cita sólo para lamentar cuanto yace entre los deseos sin vestir. Pero el tiempo se nos presenta intermitentemente.

Suele adoptar el perfil de una categoría poética cuando deriva hacia el lenguaje de la nostalgia, o el balido terminal de una oveja. También se resuelve en cuestión dramática si uno vive con el ánimo tenso, queriendo construir,

pisar tan hondo para que, al menos, podamos dejar huella duradera. Y resulta además una escena de tragedia cuando intentamos reivindicar los días de pérdidas y derroche, y se nos "va" el tiempo con mayor rapidez, porque más urgidos estamos de aprovechar su fugacidad.

Si me preguntaran por qué he juntado, a tantos nombres, y he resumido tantas ideas en apariencias caóticas, tantas búsquedas en archivos, o entre la gente, o en mis lecturas, diré que tal vez tenía ganas de escribir para que el libro -papel que se cristaliza y rompe- preservara, como en un almacén a prueba de riesgos nucleares, a textos donde hago resaltar valores, principios, razones; también episodios de mi existencia, y a figuras de la cultura literaria, del arte o de la historia, a quienes conocí, o leí, y quise. Espero que me conforten en medio de esta tristeza que hoy, como en mi niñez, me oprime viendo el tiempo pasar.

La Habana, 10 de enero de 2015

La maldición del yo

QUÉ HAY DETRÁS DE ESE pensamiento de Pascal donde afirma que "el yo es odioso". Habrá, podríamos pre-

guntar asociando los términos, lo mismo que detrás del repudio fanático a las demandas de lo que llaman genéricamente "la carne" y que entre numerosos cristianos de todos los tiempos, en primera fila los jansenistas, halla en el sabio francés a uno de sus más influyentes voceros.

Sobre el uso del yo en las letras, sobre todo en el periodismo, creo encontrar afinidades entre la aversión lingüística, gramatical, y también moral, todavía vigente en la lengua española contra la primera persona del singular, y la tela de acero que envuelve a lo sexual, al menos en ciertas actitudes de origen cristiano. Si obviamos la herencia judía sobre el descrédito de lo más genésico del cuerpo humano –como la menstruación–, me parece que en la demonización del sexo puede entreverse un sentir del placer por defecto, por resistencia presuntamente virtuosa, como el rechazo al yo puede incluir un apego intenso, conflictivo a la primera persona tan denostada. Es decir, la fobia al yo, podría señalar un enfermizo individualismo que busca exaltarse por su contrario: la sumisa disolvencia en la totalidad del misticismo taoísta o de cualquier otra doctrina contemplativa.

Advirtamos, los ascetas de las diversas religiones –tanto proféticas, como místicas y sapienciales– viven escurriéndole la personalidad al yo, de modo que el vencimiento del egoísmo y de los placeres incluye sepultar las falibles tentaciones de la primera persona, ¿Es posible disolverse? Tal vez ello equivaldría a anular la personalidad. Pero si el místico lo lograra, uno empezaría a dudar de que el yo sea el basamento de la identidad. Y, razonablemente, un místico disuelto en el vacío no podría amar aquello que pretende amar.

¿Qué hay, pues, detrás de esa actitud de celador intransigente ante la partícula de la primera persona en un enunciado periodístico o literario o académico? El yo, como conductor, en particular de los textos periodísticos, sufre ante ciertos guardianes del templo una reacción de rechazo, como el antes aludido asco del sexo. Luego de lo dicho, he de jurar que no pretendo forzar las similitudes,

sino destacar las tangencias. En la tradición periodística en la que me he familiarizado con el oficio de escribir apremiado por la actualidad, he hallado una resistencia, un valladar dogmático sobre tan discutido monosílabo. Primeramente, hay una argumentación técnica: el periodismo es impersonal. Y esa verdad de principio, proveniente del periodismo norteamericano, solo aplicable estrictamente a la noticia, se ha erigido en norma inconvencible de medios y editores, incluso redactores.

Entre los escritores norteamericanos, tan individualistas, surgen también guerreros contra la primera persona, incluso contra el nombre bajo las obras. John D. Salinger hizo acrobacias en el extremo: "Mi opinión, un tanto subversiva, es que los sentimientos de anonimato y oscuridad del escritor son la segunda propiedad más valiosa que tiene a su cargo durante sus años de trabajo". De acuerdo con lo dicho por Vicente Verdú, el autor de *El guardián en el trigal* ponía en práctica, contra el *ego*, los preceptos de la doctrina Zen, variante budista centrada en la meditación, en un desvivirse interiorizado, y que Salinger había retejido con fervor como eje de su conducta.

Precisando, en la lengua española ha existido, en términos académicos, aversión hacia el empleo del *yo*, porque se le ha supuesto cápsula de vanidad, de individualismo, de egolatría en un afán punible de prevalecer, de hacerse visible y contundente. Y de esa prevención se articula el uso de hablar en plural, diluirse nominalmente entre los que oyen o leen el discurso.

En Cuba, un poeta tan personalísimo como Emilio Ballagas le recomendó a Carilda Oliver Labra, en carta enviada tras publicar aquella su libro *Al sur de mi garganta*, lo siguiente: "Procure irse alejando graciosamente de hablar en primera persona del singular. El buen clasicismo es hasta cierto punto impersonal y él olvida el *yo*, el *me*, y tanto el *mi* como el *mí*". Me propongo comprobar al instante el aserto del venerable Ballagas, y recuerdo a Quevedo: "Voyme a vengar en una imagen vana / que no se aparta de los ojos míos; búrlame, y de burlarme corre ufana"; o a Lope:

“Un soneto *me* manda hacer Violante”; o a Teresa de Ávila: “Vivo sin vivir en *mí*, / y tan alta vida *espero*, / que *muero* porque no *muero*.”; o a San Juan de la Cruz: “¡Oh llama de amor viva, / que tiernamente hieres / de *mi* alma en el más profundo centro...”

“Escribir es y será siempre un acto solitario”, ha dicho, junto con Gabriel García Márquez, el doctor Felipe Pena de Oliveira en su libro *Teoría del Periodismo. Comunicación Social*. Y su autoridad insiste en deslavar tabúes: “No hay compañía frente a la angustia que provoca la página en blanco, lo que es ya un lugar común para los escritores. Entonces no entiendo por qué los círculos académicos gustan tanto del sujeto *nos* en sus escritos, aun siendo partícipes de conceptos tales como la intertextualidad y la obra abierta, por ejemplo. La primera persona del plural no me suena bien en los artículos teóricos. Resulta artificial, fabricada y, principalmente, confusa”.

En el periodismo, aún en los llamados géneros “objetivos” que reclaman una especie de despersonalización, él *nos* evoca una presunción monárquica, jerárquica, burocrática en moldes como la crónica y el reportaje, que suelen habitualmente servirse para contar historias mediante lo visto u oído por el autor. En los demás, quizás sea recomendable, la tercera persona.

¿Y de la opinión qué decir? ¿Acaso *mi* criterio es también *nuestro*? Y a quien se canse de tanto *yoísmo* se le podría argüir que otros ya nos hemos cansado del tan presuntuoso e inconsulto *nosismo* donde el autor, pluralizándose, se blinda ante la responsabilidad de sus juicios y datos. El hablante insiste en diluirse en la masa innominada, por humildad, o por que se atribuye la representatividad de todos. En *nos* hablan los reyes y los pontífices, y cuanto dicen desde la tribuna autoritaria de la voz inapelable, ha de ser obedecido por aquellos instalados en el cuartón de los subordinados. ¿Quién más vanidoso?

Tendremos, por tanto, que deslindar la luz de la oscuridad como en una de las primeras jornadas del Génesis. Y sin presumir de maestro, definir que “ser personal” necesi-

riamente no exige el uso de la primera persona del singular. Puede un autor emplear eufemismos como "este comentarista", "el cronista", "el que esto escribe, piensa", es decir, impersonalizarse un tanto y sin embargo componer un enunciado desbordante de interés, emotividad, ritmo, algunas calidades de lo personal. Con el yo o sin éste y sus variantes pronominales y posesivas, pero con halago de la forma, como establecía Martí, el texto fluirá como auténtica agua original.

Juicios parecidos podríamos aducir sobre la primera persona en la narrativa o la ensayística. ¿Por qué, si no, resulta tan atractivo el punto de vista espacial del que recuerda, o memoriza, o narra en singular? Gide confiesa en su *Diario* que él quería "matar el yo de Pascal, y ahora ese yo lo respeto, lo venero, y me esfuerzo por desarrollarlo". Se ha sentido tan pálido y tan indeciso, que ha querido "acentuar los contornos de mi personalidad, que estoy puliendo".

Gide lo confiesa: quiere acentuar el perfil de su ego. Y aunque todos tenemos personalidad, esto es, conciencia, identidad y carácter, en lo que atañe al estilo no todos podemos escribir grabando, como con cincel, huellas personales en la letra. Y de esa distinción provienen las diferencias de cualidad entre unos y otros escritores, y entre estos o aquellos periodistas. Por tanto, de acuerdo con el criterio de este articulista, el uso del yo disuena en el simple redactor, en aquella expresión que se desplaza sobre lo rutinario. Por tanto, es aconsejable la prudencia, tanta como componer un reportaje en tercera persona, y no intentar escribir crónicas, o ensayo literario, géneros llamados a la expresividad, "yoistas" por exigencias del tono. En quienes no sobran facultades para distinguirse por el estilo, el empleo del yo disuena como el chasquido de un jarrón al caer sobre el enlosado. Protejámonos, pues, en la posición donde, según dijo Borges de Sherlock Holmes en un poema de *Los conjurados*, se vive cómodamente: en la tercera persona.

Utilizar el yo implica admitir que uno es una forma, una opinión, un estilo afincado sobre los hallazgos de la

personalidad que recicla en forma y aventura únicas lo que piensa o lee. Porque, a fin de cuentas, entre la palabra y el yo se extiende un vínculo. Se deben mutuamente el ser y el parecer. Palabra sin persona, sin lengua carnal que la diga o mano tangible que la escriba, será huesos mondados en un aula de anatomía. Por tanto, la palabra respira, se mueve cuando un individuo la contamina con sus hechos o sus ideas. Y el individuo, el yo se concreta y se afirma –se identifica– cuando ofrece su palabra húmeda de sensaciones con su ser transparentado en el *logos*.

Alfonso Reyes decía: Yo quiero que mi vida esté en lo que escribo. Y esa vida para que quede en lo escrito ha de convencer con la autenticidad de un saber articulado en primera persona. ¿Y por qué dejar la vida en lo escrito? ¿Acaso por vanidad? Cuando alguien escribe en la legitimidad del misterio del estilo, es decir, sin que repare en la causa de ese ritmo o de esa imagen, se percata de que es un puente entre las cosas y los hombres, un intermediario entre su vivencia y la vivencia ajena que cimbrará con el temblor del que escribe. Es decir, la vida en lo escrito se transparenta en la fuerza de la personalidad, en ese don clasificado como voluntad de estilo. Y no se orienta, como cualquier “gran hombre”, a compendiar una autobiografía: sencillamente, el escritor necesita contar a través de sí mismo cosas que podrían pertenecer a los demás.

Más merecería el tabú de la primera persona del singular que se apuntara en su defensa, pero desconozco si algunos de nosotros le darán al yo lo que es tuyo o mío, y perdonarán mi insuficiente intromisión.

Mis límites

MI MUNDO TIENE UN LÍMITE. ¿Cuál habrá de ser? ¿Y cuál es mi mundo: acaso el espacio donde resido, trabajo, camino, me recreo, converso? Ese es mi mundo de persona natural que rehace sus lindes cada vez que roza la diversidad de micro mundos tangentes que repiten sus circunvoluciones en la bóveda social. Hay, por tanto, un espacio ceñido que implica el convivir. Pero esas no son las líneas que restringen con mayor severidad las fronteras de cada persona. Ludwig Wittgenstein define que “los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”.

La propuesta del lógico vienés, más tarde nacionalizado británico, sirve dentro de su aforística naturaleza, para deducir diversas líneas de interpretación. Y me afianzo en lo práctico sin ser empirista como Wittgenstein. Por tanto, los confines del lenguaje ensanchan o reducen el orbe de hablantes y lectores. Cuanto menor número de palabras uno haya aportado a la facultad de hablar, menor la capacidad de leer y entender, y de hacernos entender fuera del intercambio de la conversación común. ¿Habrá que repetirlo? Sin palabras no existe el pensamiento. El verbo, el logos, la palabra es el *fiat*, el hágase del Génesis que configura el pensar otorgándole sentido y comunicación.

Pero la proposición se deja interpretar de manera opuesta. Así, el límite de mi mundo también lo impone el mapa que mi experiencia delinea mediante el intercambio con paisajes y figuras, en la imprescindible socialización del crecer humano. De modo que esta frase apodíctica de Wittgenstein sugiere también un juego dialéctico entre el sistema de la lengua y la bitácora del vivir. Del vivir consciente